

25. DE PUDOR Y LIVIANDAD

“Si nuestra cortesía atrae, nuestra reserva hiela. Y las inesperadas violencias que nos desgarran, el esplendor convulso o solemne de nuestras fiestas, el culto a la muerte, acaban por desconcertar al extranjero. La sensación que causamos no es diversa a la que producen los orientales. También ellos, chinos, indostanos o árabes, son herméticos e indescifrables. También ellos arrastran en andrajos un asado todavía vivo. Hay un misterio mexicano como hay un misterio amarillo y uno negro. El contenido concreto de estas representaciones depende de cada espectador. Pero todos coinciden en hacerse de nosotros una imagen ambigua, cuando no contradictoria: no somos gente segura y nuestras respuestas como nuestros silencios son imprevisibles, inesperados. Traición y lealtad, crimen y amor, se agazapan en el fondo de nuestra mirada. Atraemos y repelemos. No es difícil comprender los orígenes de esta actitud. Para un europeo, México es un país al margen de la Historia Universal”

NAIPES DE POLVO página 671

Lo que Octavio Paz menciona como “historia universal” es, obviamente, la historia Occidental dado que el europeo –y la intelectualidad, la academia, la educación desprendida de ella- no tiene la objetividad, ni la sensibilidad –ni la *mirada*- para encontrarse con la enorme riqueza des espíritu, arte y política de otras historias como la China, India, Mesopotamia, Egipto y Medio Oriente, a las que ven como territorios ignotos, exóticos y como referencias para anécdotas de charlas entre diletantes.

Para la Europa que aun piensa que África está llena de leones, las culturas americanas – Mesoamericana y Andina- son poco menos que curiosidades que “asombran” por sus “adelantos”, ello, en relación con la cosmovisión occidental. Octavio Paz mismo, como la casi totalidad de los intelectuales mexicanos tienen esa actitud petulante, miope y aldeana, tan del siglo XIX. En el reverso de la misma moneda vemos a Eulalia Guzmán, León Portilla, Fernando Benítez y otros indigenistas que encuentran en la cultura vencida –pero con memoria histórica- una estampa idílica, a la manera como imaginaba Lord Byron a los griegos: de bellas proporciones, rubios, sutiles, impolutos, románticos, sofisticados.

Historiadores serios y objetivos han confirmado que tanto mayas como griegos eran chaparros, anchos, morenos, proclives al alcoholismo, machistas y esclavistas, igual en la Palenque de Pakal, que en la Atenas de Pericles, ni qué decir de la Esparta de Leónidas, sociedad fascista, sodomita y pederasta. “Nuestros abuelos los romanos” es un mantra romántico, muy de moda en la Europa del siglo XIX, línea incorporada a la educación básica mexicana del siglo XX que esconde pudorosa las referidas costumbres y forma de combatir.

Sabemos en qué estado de sumersión primitiva, excesos y disipación colapsó aquella sociedad.